

De origen griego, según el *Liber Pontificalis*, fue elegido papa en agosto del año 257, sucediendo a Esteban I. El autor de la biografía de Sixto en el *Liber Pontificalis* le aplica la calificación de filósofo, en la línea de Rufino, que había traducido al latín la obra del filósofo Sexto atribuyéndosela a Sixto. Su breve e intenso pontificado terminó con el trágico episodio del martirio y estuvo caracterizado por las dramáticas condiciones de la Iglesia, vejada por el cambio de la política del emperador Valeriano. En efecto, este, abandonando la inicial actitud tolerante, precisamente en coincidencia con los inicios del pontificado de Sixto, emanó un edicto persecutorio contra los cristianos. Aunque se sintiera vigilado, Sixto se ingenió con celo para regular las tensas relaciones existentes entre la sede romana y algunas Iglesias de África del Norte y de Asia Menor, abandonando la actitud intransigente de su predecesor Esteban I respecto al problema del bautismo administrado a los herejes, que había originado una enconada disputa sobre todo con el influyente obispo Cipriano de Cartago.

Sixto adoptó una línea de conducta conciliadora, aceptando de hecho la coexistencia de tradiciones diversas y de prácticas divergentes en materia de bautismo de los herejes. Su temperamento conciliador, gracias al cual logró restablecer la concordia dentro de la Iglesia, es subrayado también en la biografía de Cipriano escrita por Poncio, que recuerda a Sixto como «amigo de la paz». Con la emanación en el 258 por parte del emperador Valeriano de un segundo edicto contra los cristianos, más riguroso aún, la persecución se cebó en la Iglesia romana y diezmó a sus vértices, empezando por el mismo pontífice, cuyo martirio es recordado en numerosas fuentes.

La más antigua es una carta de Cipriano, del 258, en la que se da la noticia de las disposiciones emanadas por Valeriano contra los cristianos y del martirio de Sixto con

cuatro de sus diáconos. El *Liber Pontificalis* especifica que los diáconos ajusticiados con Sixto eran seis y que el martirio se consumó el 6 de agosto, mientras que, en la vía Tiburtina, fue ajusticiado en la parrilla Lorenzo, último de los diáconos de Sixto y depositario del tesoro de la Iglesia romana. El poema dedicado por el papa Dámaso a Sixto informa que fue decapitado mientras enseñaba la palabra divina. La indicación de la decapitación como instrumento del martirio de Sixto es confirmada también por la carta de Cipriano y por el *Liber Pontificalis*, y resulta por tanto infundada la noticia dada por Prudencio en el *Peristephanon* respecto a una presunta crucifixión del pontífice. Con toda probabilidad sufrió el martirio, junto con cuatro de sus diáconos, en el cementerio de Calixto, en cuyo interior se halla su sepulcro, en la llamada cripta de los papas, donde a lo largo del s. III fueron sepultados otros ocho obispos de Roma.

La aparente contradicción entre la indicación de la carta de Cipriano, que recuerda a cuatro diáconos martirizados con Sixto, y el *Liber Pontificalis*, que menciona a seis, se podría explicar por el diverso lugar en que los dos diáconos Felicísimo y Agapito sufrieron el martirio y fueron enterrados. Después de la trágica muerte de Sixto, a causa de la diezmación de los diáconos, la sede romana permaneció vacante un año, y el *Liber Pontificalis* informa que fue regida por un consejo de presbíteros

hasta la elección del presbítero Dionisio.

Sixto se convirtió en poco tiempo en uno de los mártires más venerados de la Iglesia, y la antigüedad e importancia de su culto son atestiguados por la inclusión de su nombre en el canon de la misa, en los martirologios y en los sacramentarios, en el calendario de Cartago y en el *Martirologio Siríaco*. La efigie del santo pontífice figura a menudo en las representaciones iconográficas desde el s. IV y la iglesia más antigua que se le dedicó, en la vía Apia de Roma, es recordada en el sínodo romano del año 595. (Texto de U. Longo)



DEL OFICIO DE LECTURA De una carta de San Cipriano: El emperador Valeriano ha añadido también a su decreto una copia de la carta enviada a los gobernadores de las provincias, y que hace referencia a nosotros; estamos esperando que llegue de un día a otro esta carta, manteniéndonos firmes en la fe y dispuestos al martirio, en expectación de la corona de vida eterna que confiamos alcanzar con la bondad y la ayuda del Señor. Sabed que Sixto, y con él cuatro diáconos, fueron ejecutados en el cementerio el día seis de agosto. Los prefectos de Roma no cejan ni un día en esta persecución, y todos los que son presentados a su tribunal son ejecutados y sus bienes entregados al fisco.

Os pido que comunicuéis estas noticias a los demás colegas nuestros, para que en todas partes las comunidades cristianas puedan ser fortalecidas por su exhortación y preparadas para la lucha espiritual, a fin de que todos y cada uno de los nuestros piensen más en la inmortalidad que en la muerte y se ofrezcan al Señor con fe plena y fortaleza de ánimo, con más alegría que temor por el martirio que se avecina, sabiendo que los soldados de Dios y Cristo no son destruidos, sino coronados.

ORACIÓN: Dios todopoderoso, que concediste a san Sixto y a sus compañeros entregar sus vidas por tu palabra y por el testimonio de Jesús, te pedimos que, con la fuerza del Espíritu Santo, nos hagas dóciles para creer y fuertes para confesar la fe.